

## CAPÍTULO I: EL RECUERDO ETERNO

Departamento de Egiptología del University  
College de Londres.

27 de Septiembre de 2006. Inauguración del curso  
de postgrado.

Aquel día, una tenue bruma inundaba Londres de melancolía. El fulgor del sol se desvanecía sometido por las plomizas nubes que conquistaban el horizonte. Una letanía de etéreos guardianes protegía la cristalina alma del Támesis, que deambulaba lánguido con la esperanza de que su resplandor asomara victorioso.

El catedrático Alan Sights caminaba risueño por los corredores del departamento de Egiptología sabiéndose admirado por los estudiantes. Con la mirada perdida, se abrió paso entre ellos, ajeno al caos que reinaba. Su macilenta piel contrastaba como el día y la noche con el elegante traje de color negro que vestía. De raya diplomática y corte recto con perfil de dos botones, sometía sus formas a su estilizado cuerpo gracias a sus aberturas laterales y a las costuras divisorias. El fieltro del reverso de las solapas descollaba en aquel mar de lana virgen, confiriéndole un porte elegante y refinado. Sus rasgados ojos verdes apenas pestañeaban hundidos en las cuencas oculares bajo unas cejas pulcramente perfiladas. Su profuso y rizado cabello negro vivía para ocultar su amplia y despejada frente; la desaliñada barba, para disimular su prominente mentón. Sus labios puntiagudos y gruesos esbozaron una tímida sonrisa al entrar en su aula y conocer a los que iban a ser sus discípulos a partir de aquel preciso instante. Alzó la mirada desde su cátedra y contempló una vez más a quienes aguardaban ávidos sus palabras.

–Bienvenidos a este curso de postgrado. Sé que muchos de ustedes estarán deseando terminarlo para viajar a Egipto y demostrar los conocimientos adquiridos durante sus estudios en esta Facultad. Antes de asumir ese reto, les resta una larga

ruta este año. Después, sus propias decisiones escribirán el destino de sus vidas.

Escuchó entonces el murmullo de varios alumnos.

–¡No subestimen el poder del destino! Como ustedes saben, sólo la casualidad permitió que la piedra de Rosetta fuera la llave para descifrar la escritura jeroglífica egipcia. Si Napoleón no hubiera enviado en julio de 1799 un destacamento de su ejército a excavar la antigua fortaleza egipcia de Fort Julien en Rashid, hoy, no sabríamos interpretar su legado, permaneciendo oculto a nuestro conocimiento. Durante todo el curso de postgrado, nos iremos introduciendo en su misterioso mundo, en su fe por la vida eterna y en el profundo respeto con el que supieron tratar la muerte. Para ellos, esta vida era un tránsito hacia su otra existencia inmortal...

El profesor centró entonces su atención en uno de sus alumnos que permanecía con el brazo en alto.

–Dígame, Sr.Heskey –se interesó.

–¿Puede equipararse el anhelo egipcio por la otra vida con la fe cristiana en la resurrección?

Se acercó lentamente a él rasgando la felina mirada de sus ojos. Tardó unos pocos segundos en contestarle, los suficientes para que todos sus discípulos le engalanaran con las suyas. Ungido de la admiración que su aureola suscitaba en ellos, clavó su mirada en aquel alumno de rostro invadido de lunares y de cabello pelirrojo como un sol agonizante. Era aquella una interesante pregunta que podría servirle para transmitir al resto el sentimiento egipcio sobre la muerte terrenal y la segunda vida. Se hallaban todos ante el dilema de toda civilización, ante el más profundo enigma del hombre: el miedo a la muerte, a la desaparición del alma, al silencio eterno de aquella fuerza prodigiosa que se esconde tras el templo del conocimiento que es el cerebro.

–Por lo que veo, usted ha elegido la especialización en cosmovisión y religión, ¿verdad? –Adrian Heskey asintió–. No se puede decir que sean creencias idénticas, aunque, para ser

sincero, le diré que se basan en principios similares. El cristianismo se basa en la resurrección del espíritu en un mundo eterno llamado cielo. Los egipcios creían en su renacimiento inmortal dentro de un universo de estrellas donde brillarían eternamente y en el que, además, requerirían de su cuerpo para que el alma descansara. De ahí, su afán por su conservación una vez certificada la muerte. El cuerpo les serviría de morada, permitiendo a sus almas descansar por las noches después de disfrutar de su segunda vida. Desde el mismísimo faraón hasta el más humilde servidor morían con la creencia de volver a vivir en un cosmos donde serían inmortales –enfaticó con la hierática mirada de quien imaginaba las vidas de aquellos hombres.

Durante este curso, les iré exponiendo las grandes similitudes entre ambas corrientes religiosas. Desde la creencia en la eternidad de las almas hasta los antagonismos entre el bien y el mal representados por dios y el diablo, por Osiris y Seth; desde el nacimiento de Jesús, alumbrado de forma celestial en el cuerpo de María, hasta la reconstrucción del cuerpo masacrado de Osiris por su amada Isis y su posterior fecundación careciendo de órgano sexual. Son muchas las analogías entre ambas corrientes. Son tantas que algunos estudiosos se han aventurado a afirmar que Jesús compartió en su juventud los conocimientos egipcios más sagrados. Palestina era una región pequeña en un estado de civilización muy inferior al poderoso imperio egipcio, por lo que no sería nada extraño que bebiera de sus fuentes de fe. Recuerden que Jesús de Nazaret no fue el primer ser que murió y resucitó al tercer día, ni el único niño que nació de un embarazo virginal. Miles de años antes, con el Nilo como testigo, Osiris le precedió de igual manera. No quisiera entrar en temas morales, pero les diré que la confluencia de la religión egipcia y la cristiana es mucho más grande de lo que parece. Les pondré a todos ustedes varios ejemplos. Cuando rezamos el Padre Nuestro, albergamos la certeza de hallarnos ante una oración de origen cristiano, ¿verdad? –preguntó buscando con la mirada a quien le negase–. Lamento decirles que un texto dedicado a Osiris, conocido como la Oración del Ciego, y que data mil años antes del nacimiento de Jesucristo, guarda una similitud increíble.

Veamos ahora las irrefutables analogías entre el dios Horus y nuestra Biblia. Horus nació el 25 de diciembre en una cueva. Su alumbramiento fue anunciado por una estrella. De niño, fue un joven maestro en el templo y el nombre de quien le bautizó a los treinta años fue Anup el Bautista. Tuvo doce discípulos, realizó innumerables milagros y resucitó a un hombre llamado El-Azar-us. Horus también era llamado Krst o, lo que es lo mismo, el primer ungido. Una mención más: ¿sabían que Osiris, con su muerte, permitía a los egipcios sobrevivir alimentándose del pan de su cuerpo, y que le daba de beber su sangre a Isis para que le recordara después de su muerte?

No cierren los ojos a la realidad. Escruten por sí mismos las fuentes en que ambas religiones confluyen y averiguarán una verdad que la tradición cristiana siempre les negará. Hoy, se sigue profesando una religión basada en los mismos pilares fundamentales en los que se asentaba una tradición que todos creíamos extinta en El Reino de las Pirámides. No olviden jamás que la religión egipcia fue la primera en afirmar la inmortalidad del alma humana. Abran su mente, imagínense regados por la inmensidad del Nilo y déjense llevar por el mismo viento que acarició la piel de aquellos hombres buenos que adoraron las estrellas. Escuchen las historias que les transportarán a una era que jamás debió expirar –les exhortó, recordando la tierra mágica.

Adrian Heskey, el alumno más brillante de su promoción, permanecía con el brazo elevado. El profesor Sights esperó una nueva pregunta.

–Según usted, todas las religiones proceden de la misma. ¿No podían haber sido sus eruditos un poco más originales?

–Verá, señor Heskey, no soy nadie para cuestionar su fe ni la de ninguno de ustedes. Le diré que, pese a mi ateísmo, admiro a todos aquellos que siguen los dictados cristianos. Al fin y al cabo, todos sus principios son loables y propagan la bondad, pero eso no debe cegar la razón. Dicho esto, le responderé a su pregunta.<sup>□</sup> Imagínese en los albores de la civilización egipcia siendo un humilde agricultor de Menfis. Para usted, sería vital comprender los cambios de las estaciones, ya

que su supervivencia dependía de ello. Así, no es extraño que idolatrara al firmamento para predecir las épocas de lluvias, las crecidas de los ríos, las épocas de siembra y de recogida de la cosecha...

Un atardecer de invierno, después de una dura jornada de trabajo, se sentó en la orilla para ser testigo de la muerte del día. Era un 22 de diciembre, el solsticio de invierno. Por un momento, mirando detenidamente el sol, creyó que levitara inmóvil sobre el mar. Intrigado por aquella visión celestial, repitió la misma ceremonia los siguientes días, dibujando sobre un papiro la misma escena. Comparándolos, advirtió que durante los días 22, 23 y 24, el sol caminaba sobre las aguas para morir en el horizonte y que, a partir del día 25, comenzaba a ascender renegando de su fiel compañía para gestar los días más largos y las noches más cortas. Era el día señalado y el sol resucitaba después de tres días muerto bajo el amparo de las tres estrellas anunciadoras del cinturón de Sirio. Ahora, soy yo quien le pregunta: ¿De qué leyenda cristiana estamos hablando?

–De la muerte y resurrección de Jesucristo –respondió rápidamente Adrian.

–En efecto. Los hombres antiguos fusionaron naturaleza y religión en un concepto inseparable, indivisible. Las religiones lo único que han hecho es adaptarlo a sus intereses, aunque siempre basados en los mismos pilares. En fin, el curso es muy largo y no quiero atosigarles más el primer día de clase. Les emplazo a todos ustedes mañana a la misma hora. No se arrepentirán de haber elegido esta mágica fuente de conocimiento. ¡Se lo garantizo!

–Una pregunta más, por favor –insistió Adrian–. En sus últimos viajes a Egipto con la Facultad, ha estudiado *in situ* la batalla de Kadesh que sostuvo Ramsés II contra sus enemigos hititas. ¿Nos contará cómo han ido sus investigaciones de este verano?

–Kadesh fue la primera guerra documentada de la historia. Hoy en día disponemos de datos sobre el desarrollo de la batalla, del número de soldados, del de carros de combate...,

y de los fallecidos –afirmó Sights buscándoles con la mirada para suscitar su interés–. Fue un enfrentamiento cruel y sangriento en el que murieron miles de combatientes de ambos bandos. La arena de Siria se tiñó de la abundante sangre de los héroes que entregaron su vida para gloria de sus reyes. El faraón utilizó esta batalla para glorificar su nombre, engrandeciendo hasta límites insospechados su papel en la misma. Estuvo muy cerca de morir. De hecho, se sabe que esta batalla podría haber cambiado el curso de la historia. De haber perecido, se habría precipitado una grave crisis en la sucesión al trono, similar a la acontecida varios siglos antes por la muerte prematura sin descendencia del faraón Tutankamón. Para colmo, la amenaza hitita habría devastado la civilización de la eternidad al menor síntoma de flaqueza. Kadesh fue un hito en la historia y como tal debe ser tomado. Pero, en realidad, lo que supuso fue el definitivo espaldarazo al prestigio del faraón quien, desde entonces, pudo dedicarse a amar a su reina Nefertari y a fecundar a sus numerosas concubinas.

Sí que es cierto, respondiendo a su pregunta, que este verano hemos enviado a un grupo de arqueólogos a Egipto para averiguar nuevos datos sobre la contienda, aunque les matizo que en el mismo no se encontraba quien les habla. Si hubiera estado allí, les puedo asegurar que me habría derretido en la ciudad de las murallas junto a los miles de soldados que perecieron en la batalla. El calor en esas fechas es insoportable para mí. Tengan cuidado, no hagan muchos méritos, no vaya a ser que alguno de ustedes sea el elegido para viajar a Egipto el próximo verano –le respondió sonriendo al referirse a las becas de investigación con las que la universidad gratificaba a sus alumnos más destacados.

Tras informarles de las líneas de investigación de la especialidad de religión, dio por concluida su primera clase y se despidió hasta el día siguiente. Recogió el material docente de su mesa y lo archivó en su maletín de cuero. Aguardó a que todos salieran para hacerlo él después. Como cada año durante los últimos diez, tenía ante sí la misión de guiar a los intrépidos aventureros por las tenebrosas galerías de la historia. Tras un leve intercambio de saludos y bienvenidas con el resto